

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 409.

MADRID 14 DE MARZO DE 1844.

Segunda serie



LA PIEL DE ZAPATO.

NOVELA DE BALZAC.

Encantadora hasta el extremo una bailarina, y oculta bajo los hondulantes pliegues de la cachemira, parecía como si no tuviese velo. Allí una trasparente gasa, aquí la fina seda escondían ó revelaban misteriosas perfecciones. Hablaban de amor pies tenues y delicados, enmudecían frescas y rosadas bocas. Había allí jóvenes tiernas y decorosas, cuyos blondos cabellos respiraban religiosa inocencia. Mezclábanse con ellas hermosuras aristocráticas de arrogante mirada, mas indolentes, delgadas, graciosas, endebles, inclinaban la cabeza como si aun tuviesen que brindar protección régia.

Una inglesa blanca y honesta, figura aérea, como descendida de las nubes de Ossian semejava un ángel de melancolía, un remordimiento huyendo del crimen.

La parisiense, cuya hermosura estriba en una gracia indescriptible, vanidosa de su prendido y de su talento, armada de su debilidad todopoderosa, flexible y dura sirena sin corazón y sin afectos, mas diestra en fingir los tesoros de la pasión y falsificar las sensaciones del pecho, asistía también á aquella peligrosa asamblea, donde brillaban italianas tranquilas en la apariencia, concienzudas en sus felicidades, y ricas normandas de magníficas formas; mugeres meridionales de negros cabellos y rasgados ojos.

Se os hubieran representado como las bellezas de Versailles, convocadas por Level que desde la mañana hubieran tendido sus redes y llegasen como esclavas orientales que se despiertan á la voz del mercader para partir con la aurora.

Permanecían suspensas, ruborizadas, y se agrupaban en torno de la mesa como abejas que zumban á la entrada de una colmena. Aquel tímido embarazo, que participaba á la vez de recelo y de coquetería, acusaba y seducía á un mismo tiempo. Aquel pudor era como involuntario. Un sentimiento de que jamás se despoja la muger completamente las inducía á envolverse en el manto de la virtud para comunicar mas encanto y mas valía á las prodigalidades del vicio.

Así es que abortó la conspiración urdida por el amo de la casa. Aquellos hombres sin freno se vieron subyugados por el poder magestuoso de que la muger se halla revestida. Un murmullo de admiración resonó como la música mas dulce. No habiendo viajado el amor en compañía de la embriaguez, sorprendidos los convidados en un momento de debilidad se abandonaron á las delicias del arrobamiento en vez de doblarse al uracán de las pasiones.

Obedeciendo los artistas á la poesía siempre dominante en ellos estudiaron en su éxtasis el delicado perfil que distinguía á aquellas hermosuras escogidas.

Dispertado por una idea, debida acaso á alguna emanación del gas carbónico que se desprendía del vino de champaña, se estremecía un filósofo al considerar los infortunios que allí llevaban aquellas mugeres tal vez dignas en mejores tiempos de los homenajes mas puros. Cada una de ellas sin duda podía referir un drama sangriento: casi todas padecían infernales torturas y arrastraban en pos de sí bombas desleales, promesas no cumplidas, y placeres rescatados con la miseria.

Se acercaron los convidados á ellas con cortesanía y entablaron conversaciones tan diversas como sus caracteres: formáronse grupos. No hubierais tardado en creer que os hallabais en un salón en que las hijas y las esposas ofrecían á los convidados despues de la comida, los socorros que el café, los licores y el azúcar prestan á los glotonos oprimidos con los trabajos de una digestión recalcitante. En seguida estallaron algunas carcajadas: Se aumentó el ruido gritaron cien voces. La orgia, interrumpida por un momento amenazaba volver á levantar su cabeza... Aquellas alternativas de silencio y de ruido, tenían singular semejanza con una armonía de Beethoven.

Sentados los dos amigos en un blando diván vieron acercarse á ellos una joven de admirables proporciones, de soberbia apostura, de fisonomía irregular, pero

penetrante, impetuosa y que producía en el alma vigorosos contrastes. Su negra cabellera, artísticamente desordenada parecía haber sufrido ya los combates de amor y caía en caprichosos bucles sobre su espalda, envolviendo á medias magestuosa garganta en la que se deslizaba la luz por intervalos revelando la nura de los mas delicados contornos. Su tez blanca como el ampo de la niev hacía que resaltase mas y mas el vivo matiz de sus mejillas. Armas de pobladas cejas, despedían centellas de amor así como sus húmedos y entreabierto labios. Su seno y sus brazos se parecían por su extraordinario desarrollo á los de las acabadas figuras del Carrachio: con todo parecía leve, flexible, su vigor anunciaba la agilidad de una pantera como la varonil elegancia de sus formas anunciaba devorantes pasiones.

[Continuará.]



REVISTA DE TEATROS.

A fin de terminar en este número el artículo del «Cadista» no damos á nuestros lectores el juicio crítico de la función que el martes se ejecutó á beneficio del señor Lumbreras. Esto no obstante debemos manifestarles que gustó y fué aplaudida la comedia titulada: don «Juan de las Viñas» cuyo autor es el señor Hartzembusch y que, fué muy bien ejecutada por todos.

También agradó mucho la pieza titulada: Dumont y compañía, traducción correcta de los señores Valladares y Doncel: el señor Torroba fué muy aplaudido y con justicia.

En la tarde del martes ha llegado á Madrid desde Barcelona, el apreciable actor don José Valero, escriturado para el teatro del Circo en el próximo año cómico. Ha presenciado en la capital del principado de Cataluña, la entrada de la reina Cristina, y ha tenido la honra de besar su real mano, la augusta señora recordó al distinguido actor, recordando haberle dado una carta autógrafa recomendándole al capitán general de la Isla de lo era entone el Ex-

mo. Señor D. Miguel Tacon. No llegó el caso de embarcarse Valero para América, por haber sido escriturado en los teatros de Andalucía, donde ha recogido abundante cosecha de aplausos por espacio de muchos años consecutivos.

Tenemos noticias de la llegada á París de los señores Salas y Ojeda, sin que hasta ahora sepamos en que teatro harán alarde de sus facultades artísticas, y aumentarán, no lo dudamos, su reputación bien merecida.

El 19 de marzo deben embarcarse en Cádiz los actores escriturados para el teatro de Tacon de la Habana. Si aquella empresa aguarda su llegada para dar principio á las funciones, de seguro no empezarán hasta los primeros días de mayo; época en que desertan los habitantes de la Habana ya para emprender viages á Europa, ya para veranear en el campo.



VARIEDADES.

SOCIEDAD DE ESCRITORES DRAMATICOS.

JUAN DE LAS VIÑAS, comedia en dos actos y en prosa, original de don Juan Eugenio Hartzembusch y representada en el teatro de la Cruz.

DUMONT Y COMPAÑIA, comedia en un acto, y en prosa traducida del francés.

Véndense á 6 rs. la primera, y 4 la segunda en la librería de Perez calle de Carretas frente al buzón del Correo y en la de Cuesta calle mayor.

Repertido ya el tomo 2.º de los «Misterios de Paris» dentro de breves días verá la luz pública el tomo 3.º pues el editor se propone dar concluida en breve esta interesante obra.

EL CADISTA GALLEGO,

[CONCLUSION.]

Rijoso como él mismo no pierde ocasión alguna de lucir su agudeza sofística, y su genio emprendedor, y siempre fragua demandas y levanta intrigas, por un camino mal abierto ó unas aguas mal dirigidas, comprobando aquel refrán de que judíos en Pascuas, moros en bodas y cristianos en pleitos, gastan sus dineros. El cadista, que no es lerdo, siempre se hace amigo, y obsequia mucho en su casa al escribano, hombre de mucho olfato y mejor tacto, y esto lo hace porque sabe la elasticidad de que goza en su cuerpo, en lo que el escribano se parece á la nutria, y porque el mismo refrán gallego lo dice «ron o mal preito, ten o Eseribano do teu xeito» que traducido á la lengua vulgar quiere decir, en pleito bueno ó malo ten de mano al escribano. Fuera de esto es un galán á las mil maravillas, decididor y gracioso que si quisiera, todas se entregarían á su cariño. El cadista es el «dindo don Diego» de las aldeas. Cuando se propone enamorar á cualquier doncella, pone los brazos en jarra, dobla el cuello con histriónico meneo y pasa por un andaluz hecho y derecho, mas apuesto que un manolo de Madrid ó un chulo de Cádiz. Otras veces se propone contradecir á la multitud cuando es requerido en alguna ardua y peliaguda cuestión, y son del momento las palabras exóticas y extravagantes. Pero siempre procura que no tenga celos su Francisca, y aunque algun amigo de los que estuvieron con él en «Cais» le recuerde de una sola mirada pasados desvarios, la acaricia en público, y la misma con dulces y galanteos.

El cadista se distingue por su instinto de orgullo que ha quedado en él, como la mosca en la bellota, como el gusano en la manzana: perdóneme el lector estas comparaciones, porque estoy metido en la aldea, y aqui no hay otra cosa. Para el cadista es embólico el idioma con que ha pedido pan á sus padres, y pesadas las costumbres de la tierra, sin perdonar los bailes donde enamoró á su bella rubia. Entregado hace años á un mundo nuevo y variado, se ha olvidado de las costumbres de la aldea, y no cesa de preguntar con pendantesca ignorancia por el sentido de alguna figura de la «mayneira», ó estraña que se lleven los «magortos» á un reducido cuarto, cuando todo lo bueno debe hacerse en el campo, donde reina la variedad y la holganza. En «das bailas» empieza «repiqueando» las castañuelas, y es el que mas salta con un garbo que no viene á pelo; pero en cambio en alguna figura ó cosa tal, afecta que se pierde, porque con esto se rie la gente, y cuando menos se piensa sigue en la figura sin perderse. Boberia! perderse en el único baile... que sabe!

Sin embargo, no está en su elemento, el cadista avezado á comerciar (vulgo «guicholear») se despide pronto de cualquiera diversion, y no hay poder humano que le separe de su desaliñado taller, ó que le prive del consuelo de pasar algunas horas de conversacion en su taberna con el gaitero, y cualquier «compae» de buen humor. El cadista entiende algo de medicina, poco, si, pero algo es algo, y peor es nada, porque ha servido en «Cais» á un «dico» y sabe aquello de «recipes» y lo de mas allá... pero es enemigo de Broussais... por instinto porque eso de sangrias pide «cirujano» y este es el hombre mas desnaturalizado y amigo de gastar. Tambien lee con particular filosofía el «Lunario Perpetuo» en los capítulos de siembras y vaticinios, y sabe mucho de «Geminis» y «Capricornio», pero muy poco de

«Libra» venda ó no venda pan de la ciudad, ó cualquier género. Como cantante es el cadista el barítono de la misa «de festa» y puede uno decir sin temor de equivocarse que el apuesto corista que está al lado del gaitero, y que se deshace en saludos al «señor Abad» cuando se concluye la ceremonia es ni mas ni menos que mi heroico personaje. Tocandose en comercio es enemigo de las leyes restrictivas, y por ello trae á la ciudad algunos sacos de castañas para venderlas, ó varias cestas de fruta para comprar con su producto aceite ó cosa tal, y es gracioso el verle llegar á «la vila» entre seis ó siete de la mañana, con su chaqueta al hombro, su cesta de fruta cubierta con blanca servilleta, en la cabeza, y apoyándola con el palo que empuña con la izquierda. Atras, viene, por supuesto, el perro que huele á cada paso, que se acerca á la ciudad, para sufrir los palos de los chiquillos y las pedradas de los que quieren divertirse. Con esto sabe las noticias «calentitas» de la ciudad, y sostiene con esplendor la reputación que tiene de estar enterado de todo lo que pasa, sin contar que se evita el sufrir los crudos y azarosos trabajos del campo, que el no puede ver, recordando los felices tiempos en que vendia cacao en vez de castañas, y géneros ultramarinos en vez de «cerdos» que nada tienen de «ultra» ni de «marinos».

A cierto tiempo deja la aldea por algunos dias, y es que se acerca á la ciudad guiando á dos ó tres puercos de ceba, entre los que uno es propiedad y los demas de amigos suyos. El cadista es conocido en las ferias por su presencia activa, por su desapego castellano en vender y su empalagosa «fachenda». Si la venta de los cochinos se efectúa, no perdona la menor ocasión para revelar al comprador que estuvo en «Cais»: si le dá un vaso de vino por aguinaldo salta con que «megor le hay en Cais», ó si le regala por gratificación una copa de aguardiente y su «taco de pan» asegura que «este no vale un comino en Cais»; siempre Cádiz, y por fas ó por nefas ha de echar la letanía de que estuvo dos ó tres años en este paraíso terrenal. A la vuelta del mereado visita el cadista todos los santuarios de Baco que hay en la jornada, diciendo que viene de cumplir con una «endromena» que le encargó el juez, que es muy amigo suyo!! y dice esto porque no le saluden á oscuras en alguna «corredoira» para aliviarle del benéfico peso que lleva escondido en el chaleco. No repara en que la noche venga encima porque en «Cais» le sucedieron lances estupendos, y él nada teme, y con eso si hay por allí algun ratero, lo que no será difícil, toma miedo, y desiste del proyecto con que ha entrado en aquella acalorada conversacion, acentuada por vasos del mas rico vino tinto. Si el viage es de un dia llega á casa, cuando palidecen las estrellas al lejano resplandor de la mañana, y si tiene que pasar una noche en el camino, escoje la posada mas concurrida para estar de broma la mayor parte de la noche. Por lo regular le acompaña el hijo que el tanto quiere, y este ocupa la cama, mientras que se le pasan las horas á mi cadista, hablando como un pronóstico de las «anadas» que seguirán á la presente, y disputando mas que un escolástico por cuestiones de alta política que están reducidas á que «dos verederos son unos pícaros, que el iglesia-rio de su parroquia salió bajo este año, que los diezmos fueron mal sacados» y por remate, siempre viene á dar á la piedra de toque, de que «ahora estamos mas mal que nunca».

Al pisar los umbrales de la casa repara con particular cuidado si le anduvieron revolviendo los «aparexos», y pronto pide algo de comida á su Francisca, quien le estaba esperando con impaciencia. Mientras que el sueño no se apodera de su persona, echa cuentas con su bella rubia, distribuye las ganancias de la feria en nuevas adquisiciones, y entre ellas figura una «cerda de cria», un arado y algunas palomas, porque el cadista se paga mucho de las apariencias, y siempre es bueno tener un palomar. El sueño cierra sus párpados, y... aqui llegó la ocasión de cerrar el artículo, porque profano en el vedado campo matrimonial podria tropezar en un escollo como aquel cadista de que habla la historia, y cuento al caso.

Erase que era... eráse un cadista amigo de hacer papel, que esto ya ven Vs. que es pasioncilla que á todos nos escuece, y el cual habia visto por arte de birbirlo que un arado en la «cira» de un padre. El hombre dice muy entonado «padre ¿qué esto? á lo que este le contesta, que si ya se olvidara de los nombres de su patria; proyectando por lo bajo el burlar á su cadista. Era este padre un hombre original y despreocupado. Largo rato estuvieron en conversacion padre é hijo antes de salirse, y siendo tarde viénele á las mientes á uno y otro el dar un paseo, y cádate oh! carísimo lector que venia el hijo distraido, y al romperse un tobillo en el instrumento cuyo nombre ignoraba, esclama fuera de sí. «Maldito sea el arao...» Ahora cierre el cuento quien quiera, reflexionando que lo mismo podrá sucederme si intentara... Dios me libre... tropezar con mis enamorados esposos.

Creo que Benito y Francisca bastante tiempo anduvieron de bureo por mi causa, y si por este mal pergeñado artículo no se disingue entre cien á mi carísimo cadista, será porque el lector, ó no le caerá en gracia el hacerle una visita, en las floridas campiñas donde goza del «dulce» «far» «ninte», ó porque no ha respirado las benevólas brisas de mi patria.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

TEATROS.

De la Cruz.

A las siete y media de la noche: La comedia nueva, original, en dos actos, titulada: JUAN DE LAS VIÑAS. Paso Escocés, bailado por doña Matilde Saavedra y don Manuel Casas. La comedia en un acto y en verso, titulada: SOFRONIA. Boleros de Los dos Figaros, bailadas por la señora Flores y el señor Casas. Terminará el espectáculo con la pieza nueva, en un acto, titulada: DUMONT Y COMPAÑIA.

Del Príncipe.

A las siete y media de la noche: El acto primero de la comedia titulada: BRUNO EL TEJEDOR. Variaciones sobre un tema original de Beriot, tocadas en el violín por el señor Robbio. El acto segundo de la comedia Andante del aria «Casta Diva» por el señor Robbio. El juguete cómico, en un acto titulado: LAS GRACIAS DE GEDEON. «Capricho» sobre el final de «La Norma.» Terminará el espectáculo con baile nacional á cuatro.

Del Circo.

A las siete y media de la noche; Penúltima representación del baile titulado: LAISLADELAMOR

IMPRESA DE BOIX.